
V. A MODO DE COMENTARIO FINAL

En los Consejos de Redacción de esta revista se hace casi siempre un repaso a la situación social, política y eclesial, de España (a veces osamos echar un vistazo general sobre el mundo) y en este repaso saltan chispas que sugieren uno u otro tema, sobre el que se concentran los focos y se decide abordarlos en un número. Un día se recaló en la falta de horizontes, la dificultad de la esperanza, la duda sobre si existen alternativas, etcétera.

Y se decidió otear el paisaje de pueblos y ciudades en busca de grupos y personas que presentaran trazos alternativos a éste y anunciadores de otro mundo posible. El resultado viene recogido en este volumen y ya será conocido por lectores persistentes.

Los firmantes de estas líneas –Magdalena Álvarez y Antonio Albarrán, miembros del Consejo de Redacción– por encargo de este mismo, leyeron los textos antes de ir a imprenta y ofrecen aquí el resultado de sus respectivas lecturas no siempre coincidentes. Como la vida misma.

* * *

1. LO QUE HACEMOS, LO QUE NOS FALTA

Antonio Albarrán

1. Otro mundo es posible y queremos construirle

Ninguno de los que aquí escriben su testimonio o su experiencia, ni quienes están con ellos, pondría en duda esta afirmación. Y estarán de acuerdo los lectores en que todo este paquete de vida (testimonios, experiencias, afirmaciones) queda bien recogido en el título del volumen: *gérmenes de otro mundo posible, alternativas y esperanzas*.

Este largo viaje que nos ha llevado por los ámbitos económico, político-social, cultural-educativo, y religioso, nos ha obligado a abrir los ojos como niños maravillados y soltar quizá aquello de “¡qué bueno es estarnos aquí!, hagamos tres tiendas...”. Cierto, hemos

visto semillas anunciadoras de otro mundo posible. Y hemos hecho más firme la convicción de seguir sembrando y disfrutando de ver nacer esas hierbas.

Pero no perdamos la capacidad de hacernos preguntas impertinentes para nosotros mismos y nuestros grupos. Así:

- ♦ ¿Llegaremos por ahí a plantear alternativas al sistema social y al mercado de la globalización financiera? ¿Qué respuestas daríamos desde ahí a los viajeros en patera-cayucos y a los del vertedero de la Cañada Real?
- ♦ ¿Hay plazos fijados para algún balance de resultados en experiencias tan serias como el plan de Desarrollo Comunitario de Villaverde o los Foros sociales, etcétera?

- ♦ ¿Cuántos años tardarán las instituciones eclesiásticas en hacer otros cien gestos de libertad y normalidad operativa, como ese grupo intercongregacional, el de la “buena tierra”?

♦ ... / ...

No más preguntas, que uno no es quién sino para hacerse las propias. Pero no dejemos de abrir pequeños surcos cada día, aunque sea en el desierto, con el rabillo del ojo avizor para sospechar lo que se esconde tras el horizonte. Porque el camino va, por lo apuntado en estas experiencias, desde las necesidades sentidas por los residentes junto al vertedero hasta la posibilidad de “sentirse parte de la humanidad”, como señala M. Collado. Y siempre quedarán irremediamente abiertas las interrogantes con los que titula su colaboración Imanol Zubero: *Qué Dios, qué Iglesia, qué Mundo.*

2. La masa. ¿Quién piensa en la totalidad de un pueblo, una ciudad, un país ... el mundo global?

¿Sólo los mercaderes? ¿Les dejamos a ellos la dimensión de la globalidad? Porque ellos sí la tienen.

Disculpen una nostalgia juvenil. Monseñor Cardijn, fundador de la JOC, contaba a raíz de una visita al papa Pío XI, que éste le interrumpió su relato, diciendo: “los que vienen a verme, me hablan casi siempre de uno u otro grupo, de una obra, de los selectos; usted me habla de la masa de los jóvenes trabajadores...”. Un militante de la JOC, allá por los sesenta, contaba en una reunión que de vez en cuando se subía a un altozano de su barrio, se sentaba en cualquier parte y pensaba en todos los jóvenes trabajadores de su barrio, de Madrid... ¡La masa!

Hay que empezar como las mujeres en la Malvarrosa, como los residentes del vertedero, como los maestros en Abioncillo de Calatañazor, en asambleas de nueve o quince personas..., pero con la vista y el corazón alargados para llegar a la masa, a las grandes mayorías, y ofrecerles la posibilidad de ser y vivir como personas, como pueblo consciente y organizado, y, si se terciara, asomarse con ellos al misterio de Jesús de Nazaret.

¿La masa, la inmensa mayoría, o seguimos siendo artesanos del *pret à porter* en versión social, cultural, política o religiosa?

3. ¿Buscamos la eficacia o esperamos a que caigan las brevas, cuando maduren?

Quizá sea una contaminación ambiental ésta de la eficacia. Y lo digo con la modestia obligada al acercarse uno peligrosamente a los 70 y ser consciente de las mil cosas que no ha logrado hacer en la vida.

Propongo un modesto ejercicio de planificación, en la hipótesis de que alguien nos encomienda la responsabilidad de lograr que el barrio o el pueblo en que residimos pase de la situación real en que se encuentra (en cuanto a vivienda, movilidad, salud, educación, cultura, convivencia familiar y ciudadana, tono vital, actitudes solidarias...) al mayor y mejor nivel de desarrollo razonable y posible. Seguro que pediríamos informes sobre la situación real, con lujo de matices, en cada uno de esos aspectos. Buscaríamos experiencias globales ya contrastadas en España y en cualquier otro país, con especificaciones de cada una de esas dimensiones y modelos teó-

ricos disponibles. Programaríamos con equipos adecuados, señalaríamos la financiación adecuada y propondríamos cualquier tipo de recursos técnicos, humanos, económicos, así como estableceríamos calendarios, evaluaciones sobre la marcha., etcétera. Lo normal, ¿o no?

Cuando reclamamos, cuando soñamos –bien soñado queda–, reivindicamos un mundo desarrollado de manera sostenible, con niveles justos y dignos para todos, sin discriminaciones por razón de sexo, nación, color, religión...

¿Preparamos y aportamos todo lo dicho o esperamos a que maduren las brevas? ¿Qué razón podría excusarnos de buscar la eficacia? Eficacia quiere decir, entre otras cosas, que lo que decidamos debe llegar en forma de leyes a los BOE regionales y estatales, a la UE, la ONU...

Que nadie se asuste, cada uno somos sólo uno más en esta tarea gigantesca, que empieza donde ya están germinando anticipos de otro mundo posible.

4. El papel de la política y los políticos

Es una consecuencia directa de lo afirmado dos párrafos antes. Al BOE, a la UE, a la ONU, no se llega normalmente sino desde las Regiones, los Estados, desde la política y los políticos.

Otrora era frecuente hablar del compromiso político de los cristianos que querían cambiar la realidad. Es posible que estemos contaminados del menosprecio de la política y los políticos, y 30 largos años de democracia han dado motivos para el recelo. Pero, ¿se puede aceptar ese menosprecio, y a qué coste?

En este volumen apenas se alude a la política, el poder y las instituciones, más

que en la reflexión introductoria de E. Esteso y en las referencias a los Foros Sociales (M. Collado), al Plan de Desarrollo Comunitario de Villaverde y a la Parroquia en el vertedero (A. Arrabal).

Todos los recelos del mundo no deben llevarnos a la hipótesis de excluir de la tarea de construir otro mundo posible a la política y los políticos, a las instituciones, al “Poder” (la óptica oficial, concreta E. Esteso en su texto).

Porque la historia de “lo alternativo” no empieza en un momento determinado, tal o cual día desde tal o cual actuación o decisión de esta o aquella ONG. Venimos de lejos y nos queda un largo camino.

Porque ese otro mundo posible está germinando en mil paisajes humanos, como evidencian las realidades aquí expuestas y otras mil más que no han sido escritas *ad hoc*.

Porque hacen falta todas las manos (“¡tráiganme todas las manos!”) y las manos del poder, de la política, de las instituciones, son imprescindibles. Sin ellas, a cada nivel, no hay quien piense y decida sobre los intereses del conjunto. Aunque muchas tampoco lo hagan.

¿Por qué no comprometerse, pues, en las instituciones políticas, con la modesta ambición de mejorar su ejercicio, su importante menester de servicio ciudadano? ¿O creará alguien que es posible *gobernar la globalización* sin instituciones políticas, sin poder político de fuerza equiparable a la fuerza que desencadenan los ‘tsunamis’ del capital?

Cabe destacar, también, que en la introducción “Hacia otro mundo posible”, E. Esteso pone sobre la mesa muchos temas importantes, dignos de ser debatidos.

Finalmente, el artículo de fondo de Imanol Zubero que completa el “Tema Central”, es una ventana abierta a un horizonte descontaminado de miasmas de cualquier género. Permita el lector un subrayado. Cuando el autor manifiesta su perplejidad ante la Conferencia Episcopal Española, por su documento *Teología y secularización en España* (30-abril-2006), además de denunciar su déficit de análisis de realidad y su amarga voluntad de ajuste de cuentas, destaca del documento la afirmación de que “la cuestión principal a la que debe hacer frente la Iglesia en España es su secularización interna”, en cuyo origen está “la pérdida de la fe y de su inteligencia, en la que juegan, sin duda, un papel importante algunas propuestas teológicas deficientes relacionadas con la confesión de fe cristológica”. Afirmar que ésta es “la cuestión principal” a la que debe hacer frente la Iglesia española es, sin más, un exceso enfático. “No puedo creer que se sostenga en serio”, señala I. Zubero, que más adelante hace un listado de problemas realmente im-

portantes. Caben pocas sorpresas ante la deriva de muchas intervenciones públicas de obispos españoles. Pero no estaría mal que cada uno de nosotros nos hiciéramos la pregunta de cuál es “nuestra cuestión principal”, la nuestra, la de nuestro pequeño o gran grupo de referencia.

* * *

Mientras tanto... Termino recomendando una película que hace al caso: *El jardinero fiel*, de Fernando Mireilles. Es un poema maravilloso y a la vez un alegato contra la manera alevosa en que multinacionales farmacéuticas utilizan a numerosas poblaciones africanas para experimentar ciertos fármacos. Tessa, la activista casada con un diplomático inglés, en Kenia, discute con su marido sobre la necesidad de ayudar a una mujer negra llevándola en su coche unos 30 kilómetros, porque acaba de salir del paritorio. Su marido contesta que “no pueden ellos dos resolver el problema de toda África”. Desde luego, contesta ella, “pero podemos resolver este problema concreto”.

2. TRANSFORMARSE PARA TRANSFORMAR

Magdalena Álvarez Ruiz

La presentación de experiencias que hemos recorrido nos lleva ahora a plantearnos una reflexión. Esto es lo que está ya ocurriendo. ¿Qué podemos decir de todo ello? ¿En qué puede ayudarnos a ser, hacer, sentir y vivir de otra manera?

En busca de alguna pista, de alguna respuesta, aportamos unas líneas de reflexión, de sugerencia y propuesta, para que cada lector-lectora elabore sus propias conclusiones.

1. No otro mundo, sino éste

El que *ya es*, en presente. No una utopía futurista que está por construir y sólo imaginamos. La primera pista para no dejarnos engañar por las apariencias: cada día ocurren cosas como éstas. Nuestro mundo también es como lo soñamos.

Y, por eso mismo, no se trata de “otro”, sino de éste. De aceptarlo y vivirlo con todo lo que es. Lo más difícil es precisamente esto: aceptar que el mundo es construcción y destrucción, violencia y ternura, creatividad y agresión. La lógica dualista, acostumbrada a que algo no puede ser una cosa y su contraria a un tiempo, nos impide acercarnos al misterio de nuestro mundo, que es al mismo tiempo maravilloso y brutal.

El ejercicio dualista de separar para definir (lo que queremos/lo que no queremos, lo que aceptamos/lo que no aceptamos, lo de Dios/lo del diablo) es una

primera forma de comprensión y, sin duda, de opción. Nos permite definir de qué lado queremos estar. Pero si nos quedamos en la identificación (esto, no aquello) seguimos jugando al juego de los enemigos, de la exclusión, de la identificación, de la prepotencia (yo soy de éstos y no de aquéllos, yo no quiero ser...). Y en la identificación, podemos bloquear la transformación. Un paso previo consiste en aceptar la condición misteriosa del ser humano en el mundo y en poder reconocernos en todas las formas de lo vivo. Yo soy cada uno de los seres; yo soy asesina y violenta en las guerras del mundo, y soy dadora de vida en los partos de cada día. Si no podemos vernos en cada forma de ser, no podemos transformar. Éste es el ejercicio más valiente y más responsable para cualquier persona; esto es lo que latía detrás del “ama a tu enemigo”: tú también eres aquello que rechazas, y lo eres de manera literal, no sólo simbólica.

Aceptar que somos “todo” es la única forma de permitir que todo cambie.

2. La transformación no es un objetivo en sí misma

Es, más bien, algo que ocurre inevitablemente. Pero no nos estamos refiriendo a cualquier tipo de transformación. La tecnología ha sido responsable de grandes transformaciones de la sociedad, de la comunicación, del sentido de

la vida, de la naturaleza. No vivimos como vivían nuestros progenitores. Y, sin embargo, es una transformación que nos daña, que daña la vida. El mercado se rige por el constante cambio: cambia los gustos de los consumidores-as, cambia los hábitos de vida, cambia la forma de las ciudades, cambia las relaciones.

Pero estamos hablando de otro tipo de cambio: un cambio que nos permita ser lo que realmente somos, es decir, seres humanos. En realidad, el gran cambio que estamos soñando (y que hemos llamado Reino, otro mundo, esperanza, hombre nuevo, etcétera) no es sino dejar que lo que ya es, sea: no violentar lo que naturalmente nos constituye, expresar nuestra pertenencia a Dios, ser hijos e hijas suyas. Las experiencias recogidas en este número no hacen sino recordarnos dimensiones humanas que quedan oscurecidas por los modos de vida actuales: el compartir, la creatividad, el amor, el sentido de la justicia, la solidaridad, la opción por la vida, la libertad, el uso racional de los recursos para una vida mejor, la posibilidad de ser lo que somos. La violencia, en todas sus versiones, consiste simplemente en estar separados-as de nuestro verdadero ser (ser vegetal, ser animal, ser humano, ser espiritual). Y conocer estas otras experiencias es un primer paso para no olvidar lo que verdaderamente somos.

La transformación puede tomar la forma de regresión, involución o colapso, tanto como la de evolución y cambio de nivel. Ignoramos la dirección del misterioso universo, ignoramos el futuro de la especie humana. Pero desde la libertad y la creatividad sí podemos definir los próximos pasos, recordarnos colectivamente nuestras posibilidades,

tomar conciencia de que estamos llamados y llamadas a ser humanos, al menos. Y si el futuro de la humanidad consiste en dejar de ser, en extinguirnos como especie, que sea por haber alcanzado nuestro más alto nivel, por evolución y no por aniquilación. Es inevitable que cambiemos, pero podemos intervenir en la dirección del cambio.

Y, a la vez, sabemos qué depende y no depende de nosotros-as. Es nuestra gran responsabilidad, pero no está bajo nuestro control. Un mensaje importante de las experiencias que hemos recogido en el presente número de FRONTERA es que se inician con los medios y formas del presente, pero con la cualidad común de la apertura a lo que vaya a ocurrir. Si en algo podemos diferenciarnos de las formas violentas de transformación, es justamente en la confianza y el respeto, en la conciencia de que nuestras acciones alcanzarán resultados que se nos escapen y que no nos corresponde controlar. Una transformación sanadora y respetuosa es la que observa, reflexiona y actúa, pero no obliga. Desprendernos de los resultados (del éxito, de la exigencia, del orgullo realizador) es una condición básica para permitir que los cambios verdaderos ocurran. La actitud honesta y humilde de entregarse a fondo perdido es ya una transformación.

Y parte de esta humildad consiste en haber aceptado lo que antes nombrábamos; que en realidad sólo a medias sabemos cómo es lo que ocurre, qué papel tenemos en el mundo (como especie, como colectivo), adónde nos dirigimos. Los cristianos y cristianas tenemos la suerte de poder recordarnos periódicamente que no está en nuestras manos, aunque pase a través de ellas, la realidad

del mundo; que la trascendencia es también un dato con el que contar y que del misterio total, en la medida en que percibimos luz, podemos ir haciendo nuestra parte, que nunca será todo.

3. Los verdaderos cambios son lentos y ocurren en el interior

Esto es una consecuencia de lo que acabamos de decir. Las propuestas que examinamos tienen un vector claro de proyección externa, son cosas que se ven; pero lo más importante es lo que no se ve, lo que sucede a quienes participan en ellas. Lo relevante de la banca ética, de las asambleas económicas y de los microcréditos no es que generen vías alternativas de gestión económica, sino que modifican la relación con el dinero, el intercambio económico, el gasto, el trabajo y el consumo de las personas a las que afectan. Y otro tanto podríamos decir de las experiencias culturales, sociales, sanitarias, religiosas: su medida no está en lo que muestran haber conseguido, sino en estar permitiendo que las personas sean más humanas.

Porque el miedo al cambio también es propio de los seres humanos. Y también detrás de nuestros grandes proyectos hay resistencias, dificultades, pereza... miedos. Ser seres de luz completamente liberados, amorosos, plenos, es una proyección gigantesca para nuestro presente limitado. ¿Cómo no nos va a dar miedo? ¿Cómo no vamos a proyectar cambios empapados de violencia y de concesiones? Somos hijos e hijas del presente y portamos sus contradicciones, sin que esto sea motivo de angustia o renuncia, sino justamente de esperanza. Porque si criaturas así de limitadas podemos generar alternativas tan creativas,

¿cómo no esperar que sigan creciendo en el futuro? Vernos en nuestra verdad y en nuestra sombra nos hace libres.

El artículo que abre la revista nos recordaba la pregunta desesperanzada: “¿para qué, si todo sigue igual?”. Pero en la medida en que yo, tú, nosotros y nosotras, no seguimos igual, si algunos hábitos han cambiado (si comemos, o caminamos, o preguntamos, o nos reunimos, o decidimos, o gastamos, o leemos, de otra manera, más consciente y más libre), ya ha valido la pena. La repercusión local y mínima puede multiplicarse como el grano de mostaza. Lo pequeño, lo cotidiano, si es consecuencia de una transformación interior e integral, marca el proceso global. Lo pequeño es grande. Lo periférico es central. Lo limitado es ilimitado.

Porque ante las grandes manifestaciones de violencia, agresión, depredación, explotación... las respuestas que nos damos parecen ínfimas: la vida cotidiana, el consumo, las relaciones de proximidad, la autogestión de la salud, la limpieza, la educación con todos nuestros límites, los grupos de base... Y, precisamente, que sea desde lo pequeño es lo que tiene sentido.

“Una transformación interior e integral”. Lo que tenemos que preguntarnos, más bien, es si nuestras propuestas o acciones alternativas verdaderamente son fruto de una conciencia que integra la dimensión física, emocional, mental y espiritual de nuestro ser. Si son decisiones que hemos sentido, pensado, orado, compartido y actuado, o si solamente las hemos actuado. La credibilidad y el poder de las pequeñas o grandes acciones no reside en cualidades externas de las mismas, sino en la fuerza interior, en la

convicción profunda y serena de los portadores y portadoras de las mismas. En el fondo, lo relevante no es si vamos a intervenir sobre la limpieza doméstica o sobre el control del negocio armamentístico, sino la fe, el amor y la libertad con que cada una de estas cosas es hecha. Al fin y al cabo, cada cual puede actuar sobre aquello y aquellos-as que tiene a su alrededor, y ésta y no otra es su misión.

Nos gusta jerarquizar, ordenar por importancia, dar más valor a unas tareas que a otras; nos decimos que hay cuestiones prioritarias para Dios, que hay favoritos y favoritas, que hay emergencias alarmantes. Y, sin embargo, misteriosamente, todos y todas somos iguales ante sus ojos. Igualmente mercedores de atención, liberación y amor. La primera forma de no ejercer violencia es respetar esta desconcertante igualdad y tratar con el mismo respeto a todas las criaturas, incluyendo aquellas que no nos merecen respeto.

4. Los fantasmas del ego

Aquí es donde nos la jugamos. El vocabulario de las acciones transformadoras incluye palabras como ilusión, esperanza, lucha, esfuerzo, tenacidad, implicación. Palabras con las que resonamos, pero que deben mantenernos alerta para que recordemos que se trata de ir más allá de lo que la acción significa. La sana autocrítica que permita revisar constantemente los procesos –preferentemente en grupo–, es la mejor manera de mantenernos alerta para no caer en la ilusión, en la vanidad de creer que todo lo hacemos nosotros-as. La capacidad de

dudar, de reconocer y mostrar nuestros límites, de no ser omnipotentes (sin tener que ser, por ello, impotentes) es realmente una actitud distinta de la que el sistema de mercado nos propone, con su exaltación de la eficacia. Vivimos en un mundo de imagen; es fundamental revisar a cada paso si estamos preocupándonos por dar –sobre todo, por darnos– una imagen, aunque sea comprometida y radical, o si lo que nos motiva es “ser”. La Iglesia oficial y su jerarquía ponen mucho énfasis en cuestiones de imagen y critican o censuran manifestaciones y vivencias de fe que creen dañinas para su imagen. Una buena oportunidad para que nos preguntemos si en la búsqueda de otras formas de vivir nos mueve el mismo criterio (“que no nos confundan con ellos”) y si estamos dispuestos-as a arriesgar nuestra imagen y dar a conocer nuestras miserias (que es la única manera de poder estar cerca de las miserias ajenas). Por eso hemos planteado propuestas que abordan dimensiones múltiples: económica, cultural-educativa, sociopolítica, corporal, religiosa.

Todo ser transformado es transformador; podemos contagiar aquello que hayamos experimentado, desde la propia necesidad de transformación. “Los pobres” no son “otros por los que optamos para transformar su realidad” en otra más satisfactoria intelectualmente. Por vivir en este planeta agredido y globalizado, todo asunto es asunto propio, y su futuro nos corresponde. “Los pobres” soy yo, tanto como soy “los ricos”.

Por eso, también mi vida necesita ser transformada y liberada.